

# Desierto

Los desiertos de Siria, están rodeados de arenales inmensos, se ven aún las ruinas de la famosa Tadmor, fundada por Salomón, por cuyas calles corrían antes arroyos cristalinos, y que, sombreada por elegantes palmeras y poblada de jardines, era el sitio de los festines y de los placeres y el centro comercial de todo el Oriente. De la misma opulenta Palmira, de la que Plinio decía: "Situada en un oasis, bajo un cielo brillante y atravesada por corrientes de agua pura, Palmira, rodeada por todas partes de desiertos, logró conservar su independencia del poderoso imperio romano, y es el encanto del cielo y la admiración de la tierra de Palmira, esa ciudad que cayó con su hermosa Reina Zenobia, ante Aureliano que la llevó a Roma, cargada de cadenas, pero de cadenas de oro y diamantes, se ven aún los fragmentos del magnífico templo del sol, en donde pastan las cabras, y sus mil columnas, a través de las cuales corría a escape su caballo el árabe, para alcanzar al potro salvaje, sin volver la mirada y sin detenerse ante el ruido sepulcral que las pisadas de los caballos producían en las inmensas arcadas y sobre el enlosado de las antiguas y desiertas calles".

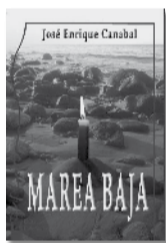
—¡Qué bien, cómo me va a gustar!— Se alborozó Fátima.

—No lejos de las ruinas de Palmira, el valle de las tumbas presentaba el más imponente de los aspectos, te incitaba a la tristeza y a la meditación; había un palacio edificado por Soliman-Ebn-Daoud, arruinado después, pero luego lujosamente restaurado por una mujer rara que había ido de Occidente, que derramaba el bienestar y la civilización en torno de ella, á quien los árabes respetaban y querían, hablaba siempre un lenguaje místico y alegórico que llenaba de pasmo á todos los viajeros que la visitaban. Se hacía servir por orientales, en copas de oro, leche de camella, dormía sobre la piel de una pantera, y se vestía como Cleopatra; en un recinto en donde sólo ella penetraba, había un trono resplandeciente y una diadema de brillantes; y en las pesebreras se cuidaba una hermosa yegua, blanca como la nieve, que tenía delineada



José Enrique Canabal Barreiro

<http://www.joseenriquecanabal.com>



#### Últimos libros del autor:

- Marea Baja
- El Vidente
- Luna de hojas muertas
- Rescaldos

una estrella en la frente, y en la cual debería hacer su entrada triunfal como Reina de Palmira. Esta mujer fantástica que había soñado ser la sucesora de Zenobia a través de los siglos y para reinar sobre ruinas; abrigaba el gran pensamiento de restaurar la ciudad comercial, que en un tiempo fue llamada la perla del desierto; imponiéndose como soberana, en la imaginación soñadora de los orientales, la empresa acometida inútilmente por San Luis, Ricardo corazón de León y el General Bonaparte, de llevar al Oriente la civilización cristiana.



—Que bien, me va a gustar mucho este viaje. Papá ¿porqué estás tan triste?

—Yo no estoy triste Fátima, tan solo pensaba.

—¿Y en que pensabas?

—En cosas mías.

¿Porqué no me cunetas un cuento?

—Ahora no, Fátima es muy tarde y tienes que dormir.

—Siempre dormir. Porque no me cuentas uno de esos que me gustan muchos del desierto.

—De acuerdo, pero será pequeño y cuando acabe te irás a dormir. ¿Vale?

—Sí, papá.

—Cuando las tinieblas todavía cubrían la Tierra, una muchacha era visitada por las noches, por alguien cuya identidad no era capaz de descubrir. Determino averiguar quién podía ser. Mezcló un poco de hollín con aceite y se pintó el pecho con ello. Al día siguiente descubrió, horrorizada, que su hermano tenía un círculo negro de hollín en torno a la boca: Le reprendió, pero él lo negó. Sus padres les oyeron discutir e intervinieron: el padre y la madre se enfadaron mucho y los regañaron

## No lejos de las ruinas de Palmira, el valle de las tumbas presentaba el más imponente de los aspectos, te incitaba a la tristeza y a la meditación

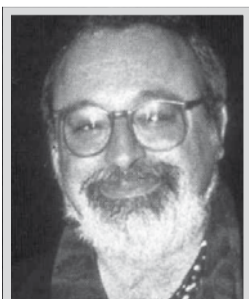
a ambos con tanta severidad que el hijo, no pudiendo más, cogió un tizón del fuego y huyó despavorido; corrió hacia el cielo, en un intento baldío de escapar de ella, pero ella voló en pos de él. El muchacho se transformó en el sol y las chispas que saltaron del tizón que enarbolaba se convirtieron en multitud de estrellas errantes. La muchacha que no pudo alcanzarle se convirtió en la Luna y se escondió tras la tierra. El Sol, desde aquel lejano día, continuamente persigue a la Luna, que se oculta en la oscuridad para evitar ser descubierta. Cada vez que se produce un eclipse, se cree que ambos se reencuentran. Y este cuento se acabó

# Aventura en Bangkok

(Ejercicio en "no" sobre un malentendido lingüístico o las limitaciones expresivas del idioma inglés)

**no** sé por qué se me viene ahora a la cabeza este nimio recuerdo tailandés. No es original, no es demasiado relevante, no resulta verdaderamente exótico. No es un elaborado invento ni me honra o me deshonra con particular gracia. No encierra una alegoría, no se pretende parábola, no le conozco moraleja. No es más que lo que es y punto.

**no** había estado nunca en un masaje tailandés. No diré que entré con miedo, pero me reconozco más respetuoso -¿tímido?- que lo normal. No me acostumbro a las exigencias adultas del universo, no me resigno. No había nadie más que yo a esa temprana hora de la tarde en el establecimiento, por lo que no tuve problemas



Fernando Savater

para elegir chica. No la quería demasiado oriental, ni demasiado pequeña, ni demasiado profesional o agresiva, aunque la necesitaba -para que todo fuera como debía ser- oriental, pequeña, profesional y agresiva. No tardé demasiado en decidirme y no creo haberme equivocado.

**no** me sentí tan extraño como había temido cuando estuvimos ambos desnudos en la bañera y me enjabonaba ceremoniosamente, gorjeando. No parecía cansarse de frotar, ni parecía oportuno que yo pidiese brevedad en tal trance. No había imaginado que el coito precediera al masaje, pero como de lo que se trata es de relajar los músculos, la cosa es más lógica así. No lo hice ni bien ni mal, no vi el paraíso ni sentí dolor. No era nada tan distinto, tampoco en Ban-

angkok. No mostró luego ninguna urgencia en el cacheteo y sobo posterior, ninguna brusquedad excesiva, ninguna perentoriedad higiénica: no parecía tampoco, la verdad, haber nacido especialmente para el arte del masaje.

**no** decía nada y yo me adormecía bajo sus dedos cuando susurró, en el mismo tono con el que antes habíamos cerrado nuestro trato y en el que me había pedido la American Express para anotar el número:

-Are you happy?

No dijo "satisfecho", ni "relajado", ni "dormido", sino happy. Ni más ni menos que feliz. No lo pensé demasiado y contesté, sonriendo, porque ella no tenía la culpa de nada y sus pechos eran preciosos:

-No.